

política de la escritura en el texto de Germán Gallino y José Elías Hage, cuyas líneas encarnan, no sin temor y temblor, algo del género terrorífico que Schwarzböck propone como cifra de la democracia recuperada. El estatuto de la estética, como herramienta de análisis filosófico-político anclado en nuestra historia reciente, deriva necesariamente en la pregunta por la filosofía argentina aquí y ahora, cuando los espantos aparecen con potencia (y apariencia) renovada. Quieren comerse nuestro cerebro y arrojarnos al vacío de la insignificancia. En este contexto, ¿qué preguntas cabe formularnos al borde de ese abismo? ¿De qué conceptos-katana nos serviremos para cortar la cabeza de estos nuevos zombies? Su presencia amenazante es al mismo tiempo lo impensable y lo que exige ser pensado. Ahora bien, ¿cuál es la naturaleza del lugar de enunciación de aquellxs que no podemos sino responder a esa exigencia? ¿Quiénes piensan? Pero también: ¿cómo piensan? Julián Ferreyra y Mariano Gaudio abordan, en su discusión con Schwarzböck, la pregunta por el estatus de la filosofía argentina, su tradición, su presente y su necesaria relación con la filosofía latinoamericana. Pregunta filosófica, pero también constitutivamente política. En sus respectivas contribuciones, por último, Rodrigo Páez Canosa y Gustavo Míguez tiran de los hilos más específicamente políticos que *Los espantos* va dejando en el camino, para proponer dos puntos de vista con no pocas tensiones y nuevos diálogos que abren el juego a otros aportes recientes del pensamiento político argentino, como son los libros de Abad y Cantarelli y el Colectivo Situaciones.

El arco del debate, tal como lo presentamos aquí, va entonces de lo estético a lo político (un recorrido con poco de unidimensional, más bien semejante a una cinta de Moebius). Multiplica las preguntas, las polémicas y las complicidades, pero sobre todo, esperamos, relanza la pregunta por el pensamiento situado, por nuestra filosofía. Los textos que siguen no son sólo frutos de la lectura y de la discusión, sino también semillas en tensión, expectantes de una tierra intensa. Es por eso que no queremos cerrar esta presentación sin invitar a quienes se sientan interpeladxs a enviar sus contribuciones a este debate, que de ningún modo se cierra aquí. Las páginas de *Ideas* permanecen abiertas para que el fragor de la controversia siga vivo.

RAFAEL MC NAMARA  
MATÍAS SOICH

## Los espantos y la ontología estética

GUADALUPE LUCERO (UBA - UNA - CONICET)

**S**in haberse cumplido aún un año desde su publicación, *Los espantos. Estética y posdictadura*, de Silvia Schwarzböck, ya ha generado una profusa recepción crítica y acalorados debates. Quizás ha tocado (o abierto) una llaga que parecía no doler. Ha sido entendido ante todo como una interpelación al *pensamiento* nacional. La autora se sitúa específicamente en este punto cuando, por un lado, compara su gesto con la hipótesis *filosófica* que sostenía el libro de Oscar Terán, *Nuestros años sesentas*, y por otro, incluye como objeto de tratamiento *estético* a parte de la intelectualidad crítica de la posdictadura bajo la categoría del *Salón literario*. Querríamos, sin embargo, comprender aquí lo que esa interpelación implica en términos estéticos. Si la fórmula señala que a los sesenta se entra por la filosofía pero a los ochenta (y más allá) por la estética, es necesario no sólo dar la discusión con la *filosofía* argentina, sino a la vez con el estatuto de la *estética* como disciplina en general.

Desde los ochenta la estética filosófica sufrió una transformación radical. Si bien nunca había sido una disciplina *mayor* entre los latifundios que hospedan a los problemas filosóficos, a partir de entonces sufre una operación de inversión y desactivación. La estética alcanza un auge importante, se convierte en una disciplina de moda, privilegiada, pero a fuerza de plegarse sobre los problemas del así llamado *mundo del arte*. En este contexto, el gesto de *Los espantos* es indiferente a ese *sentido común* que desde cierta concepción de la producción académica –no casualmente institucionalizada en los ochenta– hace de las disciplinas filosóficas un campo globalizado de problemas y agendas dictadas en una difusa comunidad *internacional* que tiene sedes precisas y fábricas conceptuales concretas. Frente a la globalización, continuar desde la estética el diálogo con el ensayo nacional podría abrir un campo propio y original, estratégico, en esta nueva división del trabajo conceptual que asigna lugares puntuales y contextos oportunos para la autorización filosófica. No es este el gesto de Schwarzböck, que se sostiene sobre las densas

categorías del marco conceptual de la estética filosófica bajo el presupuesto de la verdad de su *conceptualidad* y no de la *culturalidad*. La estética, así, sobrevive a contrapelo de la filosofía del arte. Intempestividad de un modo de abordar la cuestión de la estética que se atrincheró en la filosofía crítica y que, por lo tanto, enreda y anuda de la mano de la tradición frankfurtiana la problematización del goce estético con la emergencia política.

La política es lo que en el contexto del libro tiene como objeto la producción de una forma de vida. La vida *verdadera* fue pensada en la era de la utopía como resultado de la política revolucionaria. La política era el sentido de la filosofía en tanto que se proponía alcanzar lo verdadero. El fracaso del horizonte utópico revela su carácter de *ficción* y por lo tanto relocaliza lo verdadero del lado de la estética: la estética es el único bastión posible para lo verdadero cuando la vida se revela como falsa. Reconocer los derechos de la estética bajo las condiciones de una filosofía del arte que lo somete a las reglas democráticas de la vida falsa, no es más que matarla para dejar su máscara disponible en el carnaval del pluralismo.

*Los espantos* se autodefine como un ensayo de terror. Los espantos son fantasmas anti-trágicos: en lugar de encarnar el retorno de lo verdadero que llega con sed de justicia a un mundo devenido falso, son espantados como moscas a la dimensión de la imagen. El terror es aquello que no se sublima, no nos salvamos de él razón mediante. Y lo sublime es, aquí, la no-relación entre el Pueblo irrepresentable y el revolucionario, suturada por la idea o el ideal. Como personaje conceptual de terror, la estética no es la pesadilla que oprime, sino el zombie que comerá el cerebro (falso) de los vivos para visibilizar, finalmente, su no-verdad como verdad estética. Esta revancha “adorniana” tiene un matiz que vale la pena subrayar: la voz femenina de Schwarzböck tiñe la matriz conceptual adorniana de un tinte inesperado: el humor. Los lectores del libro no pueden evitar la incomodidad de un humor filosófico inédito, de raíz nietzscheana, en el que a la vez que comprendemos el horror de lo que allí se cuenta, observamos su no-tragedia esencial, y no podemos dejar de esbozar una sonrisa y hasta alguna pequeña y monstruosa carcajada. La voz que allí habla se identifica con un personaje particular: el niño-mierda, aquel que no está autorizado a hablar porque no fue tocado por la magia de una verdad prometida que le permitiría, una vez quebrada la promesa, ser su portavoz en la sobrevivencia falsa.

Sin manchas de verdad, el niño-mierda enuncia lo inenunciable: la vida verdadera sobrevive como *vida de derecha vivida como de izquierda*, es decir como personaje conceptual de un cuento de terror.

Pensar la política en la posdictadura en términos de *ismos*, es decir, como arte, implica una lectura pesimista del diagnóstico benjaminiano: sin horizonte utópico, y abandonada la posibilidad de acceder políticamente a la vida verdadera, no se trata ya de dar un fundamento político al arte sino de comprender el fundamento estético de la política. Lo que los ismos revelan en la historia del arte es la necesidad programática: denuncian la espontaneidad de la evidencia. La política *ismizada* se ocupará de dar un programa a la existencia estatal no evidente. Y ese fundamento se da como imagen. Como tal se vuelve visible y a la vez oculto, explícito en su artificiosidad. Ya no se trata de educar al sujeto en el gusto para asegurar un sentimiento pluralista común. Sino de tramitar otra subjetividad, una subjetividad educada en la imagen explícita. Schwarzböck señala agudamente que “la diferencia entre ambos yoes no puede leerse como una diferencia moral en el ejercicio de la pasividad” (p. 127), es decir, como un mero aflojamiento del gusto. Sino que el cambio implica una identificación del espectador con la máquina, que reemplaza al ojo para alcanzar el registro de los umbrales máximos de placer y de dolor como única pedagogía del gusto (y del consenso) contemporáneo. Esta pedagogía no es solo de la crueldad, sino más bien la de una *sensación* desencarnada –fuera del cuerpo– y no *sentimental*, es decir, no empática: “la mirada que está en condiciones de no cerrar los ojos”. De aquí que la conclusión no es mera justificación metodológica. Si lo único real es la realidad de las apariencias, entonces ya no es una lógica del discernimiento entre lo verdadero y lo falso la clave de bóveda para toda ontología (y toda filosofía política), sino aquella que permita pensar rigurosamente las apariencias y su deriva sensible: la estética.

El fracaso del horizonte utópico revela su carácter de ficción y por lo tanto relocaliza lo verdadero del lado de la estética: la estética es el único bastión posible para lo verdadero cuando la vida se revela como falsa.